

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

26. UNA DOSIS DE REALISMO



—¡P OBRE bicho! —comenté.
En verdad era lamentable el aspecto del desdichado lobo gris. Le habían abierto el cráneo y —luego de hacerle sufrir quién sabe qué refinados suplicios en nombre de la Diosa Ciencia— le habían adaptado una especie de capacete del que brotaban varios cables. Resignado, lamía con cierta flema la leche que le vertieran en el platillo de la jaula.

—¡Oh! —replicó Sandor Bathory, en su acostumbrado tono jovial—. No sufre nada; no se preocupe.

—*Usted* no sufre nada —corregí, irónico.

—¡Y piense además en el servicio que nos ha prestado!... ¿Sabía que, gracias a este amigo, hemos podido demostrar la existencia de otras cuatro subzonas cerebrales que..?

Increíble. Un mundo aparte: aluminio y acero inoxidable por doquier. Zumbido de equipos electrónicos y un continuo girar de cintas de computadoras. Había que pellizcarse para admitir que, en verdad, aquel laboratorio ultramoderno estaba dentro del mismo tétrico castillo de Czetjey.

Y, por otro lado, el risueño pragmatismo de Sandor, que hacía a un lado mitos y fantasmas como si fuesen semillas de cardo al viento... Ahora, pensando en los sucesos de la noche anterior, me sentía avergonzado de mi ingenuidad. ¡Oh, Dios! ¡Si hasta había pensado en usar la Browning! Pero aquí, con Sandor y la amiga Ciencia, las cosas recobraron su debido orden, a la par que su correcta perspectiva.

—...afectándole un poco el funcionamiento de la laringe —proseguía perorando Sandor—, de manera que le salían unos aullidos más bien... disonantes, diría, y...

—¡Sandor! —exclamé—. ¿Así que era este lobo el que gritaba anoche?... ¿Pero por qué no me lo dijo, hombre? ¡Si supiera la “película” que llegué a hacerme...!

Se rió. Su ojo ciego, blanquecino, pareció sumarse al buen humor general de la expresión.

—¿Le estropeó el sueño?... ¡Qué lástima, che! No se me ocurrió que se podría oír desde el Cuarto Azul, si no...

LO TRANQUILICÉ, explicándole que el lobo en realidad no tenía la culpa de mis notorias ojeras. Sandor me resultaba sumamente simpático y accesible, acaso por contraste con sus extraños familiares. De manera que nuestra conversación se prolongó, una confidencia llevó a la otra, y por fin me hallé relatándole mis desdichadas andanzas nocturnas.

—Ya sé, ya sé —dije, un tanto molesto ante su manifiesta diversión—; no ignoro que hice un papel de lo más desairado. Pero ¡haga el favor de justificarme un poco! Piense que estoy en tierra extraña, que no tengo costumbre de alternar con aristócratas ni...

Levantó una mano gordezuela. Era imposible enojarse con él.

—Bueno, en síntesis. Que después de todo lo que le conté —proseguí— vino el colofón. Me encuentro con esa señorita Florescu, llevándome una impresión tremenda (¡jamás habría pensado hallarla a esas horas andando por el bosque!...), ella no me oculta que nota muy bien el estado de excitación en que estoy, lo cual, claro, no hace sino ponerme peor...

”ENTONCES, desesperado, me juego el todo por el todo y, a riesgo de que me crea loco, le digo así, sin preámbulos, que ahí en el bosque están celebrando un rito demoníaco, y que... la señorita Verna está con ellos... ¡Mi Dios! ¡Se me cae la cara de vergüenza!... ¡Pero déjese de reírse así, hombre, que a mí no hace ninguna gracia!

—Vamos, che, no se sulfure... Y siga, que me interesa.

—Bueno. Ella no se me rió en la cara, como usted, tal vez porque es incapaz de reírse... Pero fue lo mismo, porque se burlaba *con todo el cuerpo*, fíjese. Cuando insistí en ir a ver lo que ocurría en el bosque, ella accedió de inmediato. Inclusive se prestó a guiarme. Echamos a andar, y entonces oí otra vez los cánticos que había escuchado antes desde mi ventana..., o al menos algo parecido.

”La miré con aire de triunfo. Pero, al mismo tiempo, sentí que me asaltaba una sombra de duda. La melopea aquélla ya no me parecía tan extraña... Incluso creí entender alguna palabra aquí y allá.

”Bueno, para qué alargarlo... ¿Sabe lo que encontramos? ¡Ni más ni menos que una tribu de gitanos que acampaba allí! Sólo eso: nada de seres monstruosos, ni de altares de piedra... ¡Era como para volverse loco!... ¿Ahora no se ríe?

Sandor Bathory se mantuvo grave.

—¿Que pasó con Verna? —inquirió— ¿Estaba ahí?

—¡Ni rastros de ella! —dije—. Pero, en cambio, encontré *a otro conocido nuestro*...

(Continúa)

¿A QUIÉN SE ESTÁ REFIRIENDO POLETTI?... ¿CUÁL DE LOS OTROS MORADORES DEL CASTILLO ESTUVO EN EL BOSQUE LA NOCHE PREVIA?... ¡NO PARECE MUY PRUDENTE DE SU PARTE EL DEMOSTRAR TAL CONFIANZA EN LA SINCERIDAD DE SANDOR BATHORY!... ¿ESTARÁ REALMENTE DEL LADO DEL ESCRITOR EL ENIGMÁTICO CIENTÍFICO? ¿O ESCONDERÁ ALGÚN SINIESTRO DESIGNIO DETRÁS DE SU ACTITUD?... ¿Y QUÉ HABRÁ OCURRIDO CON LA SEDUCTORA SOBRINA DEL BARÓN, VERNA NADASDY?... ¡SIGA LEYENDO!

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com